EL DIARIO MONTAÑES
SANTANDER

04/04/12

Prensa: Diaria
Tirada: 38.225 Ejemplares
Difusión: 32.324 Ejemplares

Cód: 56504973

Página: 21

OPINIÓN Valor: 1.787,00 € Área (cm2): 354,4 Ocupación: 38,67 % Documento: 1/1 Autor: ALBERTO SANTAMARÍA PROFESOR DE LA UNIVER Núm. Lectores: 129000

Sobre la retórica de la derecha

ALBERTO SANTAMARÍA
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

El enemigo de la derecha es reducido a través de una fórmula basada en tacharlo de ruidoso, escandaloso, es decir, despojándolo de un lenguaje propio

La derecha construye una retórica del afuera. Es decir, desarrolla un lenguaje desde el cual pretende anular todo otro lenguaje, todo otro mensaje. No sólo todo otro lenguaje, sino reducir al contrario a agente meramente ruidoso, reducir al otro a no-lenguaje, tal y como los medios de comunicación de la derecha más reaccionaria han desarrollado. De esta forma se tacha de radical, revoltoso, ruidoso, etc., al trabajador, al manifestante, al estudiante, etc., con el objetivo de hacerle partícipe de un no-lenguaje, de un sin-sentido.

La estrategia consiste en lo que podemos denominar activismo retórico de la derecha, que ha llevado a cabo una perfecta estrategia alegórica. Quiere esto decir que ha vaciado de sentido a palabras como justicia y equidad y les ha otorgado un contenido opaco, diferente, poco fiable.

Platón en 'La república' nos exponía los problemas en torno al concepto de justicia, y lo exponía de un modo que a día de hoy recupera actualidad. Entre ellos encontramos el caso de Polemarco quien sostenía que la justicia «es dar a cada uno lo que es suyo», o la postura de Trasímaco que afirmaba que «la justicia no es otra cosa que hacer lo que conviene al más fuerte». Ambas fórmulas serán rebatidas por Sócrates en el diálogo desde una repartición –eso sí– elitista de las funciones de los miembros de la sociedad. Bien, dejando esto de lado, la derecha actual se sitúa en un intento de construir un concepto de justicia basado, por una parte, en el «dar a cada uno lo suyo» y, por otra parte, en el radicalismo de Trasímaco, donde el más fuerte (económicamente) impone su justicia.

En ambos casos la idea de justicia y de equidad se construye en manos de esta derecha sobre dos ejes: la aritmética y el enemigo. En el primer caso se desarrolla esta retórica desde la idea del reparto equitativo. He ahí una falacia sobre la cual se asienta parte de la propuesta de la derecha y que se acepta de un modo global como algo lógico, y es así en todos los territorios de la política, entendida ésta como policía más que como verdadera política. Es decir, aplicar las matemáticas a la justicia. De esta forma se nos dice: según ingresos –suele ser el ejemplo– el reparto debe ser proporcional y equitativo. Pero ¿por qué? No es lógico aceptar este juego de la proporcionalidad que parece normal y aclimatado a los tiempos. Aceptar la retórica matemática de la derecha supone aceptar la claudicación ante un modelo ajeno. Ni la justicia ni la equidad son matemáticas, ni pueden reducirse a ellas. Si a quien cobra 400 se le quita el 15% y al que cobra 6.000 se hace lo mismo, ¿es esto equitativo? La equidad no consiste en matemáticas, lo mismo que la justicia no es aritmética. Reducir la igualdad a matemáticas es un objetivo del liberalismo, forma parte de su activismo retórico. La igualdad no es proporcionalidad. La derecha así construye un fortín retórico desde el cual trata de repeler toda agresión lingüística. Quien se salga de su retórica es enemigo. Pero un enemigo que no es reducido (o no sólo es reducido) a través de la violencia, sino fundamentalmente a través de una fórmula basada en el tacharlo de ruidoso, escandaloso, es decir, despojándolo de un lenguaje propio. Lo que hay fuera de su lenguaje son los que carecen de lenguaje, los que simplemente hacen ruido. Ése es su juego, y la derecha, desde que llegó al poder hace unos meses, lo ha implantado con sutileza. Se estigmatiza primero el concepto de violencia, se construye como concepto a medida para sus funciones, y así, más tarde, se incluye en ese concepto todo lo que venga de fuera, todo lo que no sea su lenguaje.

Lo primero es, desde mi punto vista, rechazar el lenguaje de la derecha y del liberalismo, que construye conceptos vacíos que rellenan a su antojo para luego expulsar y repeler, a través de los medios de comunicación –que igualmente aceptan esta retórica, fundamentalmente los medios furibundamente reaccionarios– al otro, al trabajador, al enemigo, a quien sea, tachándolo de revoltoso, de ruidoso, es decir, desposeído del lenguaje. Desde mi punto de vista, buena parte del asunto se juega a nivel del lenguaje. No aceptar el lenguaje de la derecha es un paso importante para desarrollar un cambio efectivo desde otro lado.